



RECENSIONES

Alberto REIG TAPIA, *El desafío secesionista catalán. El pasado de una ilusión. Del compromiso de Caspe (1412) al coronavirus de 2019*, Madrid, Tecnos, 2021; 553 páginas, por Juan Sisinio Pérez Garzón (Universidad de Castilla-La Mancha), juansisinio.perez@uclm.es

DOI: <https://doi.org/10.20318/hn.2022.6505>

El autor es un reconocido catedrático de ciencia política que comenzó su andadura historiográfica desde la escuela formada en los Coloquios de Pau, en las postrimerías de la dictadura franquista, bajo el magisterio de Manuel Tuñón de Lara. Comenzó una intensa trayectoria de investigaciones histórico-políticas sobre la guerra civil y el franquismo que desde 1979 ha sumado más de cien publicaciones, en concreto once monografías, todas con aportaciones metodológicas de indudable impacto en el despegue de una nueva historiografía sobre el período más trágico quizás de la historia de la sociedad española. Sin abandonar esa línea de estudio, desde hace pocos años, fruto sin duda del contexto en el que ha vivido, sus publicaciones se han centrado en lo que tradicionalmente se ha llamado “la cuestión catalana”. En este caso, son libros y artículos dedicados a lo que en esta última obra titula como “desafío secesionista”.

La lectura de esta obra es enjundiosa, aporta una sistematización de los tópicos sobre el pasado amasados desde las factorías académicas y publicísticas del soberanismo catalanista para justificar un proyecto político de independencia. Alberga quizás dos libros, de ahí su volumen de más de 550 páginas, muy apretadas, con notas amplias y abundantes. Uno sería el que podría titularse *Abusos del pasado. La historia al servicio de una causa política*; otros contenidos se podrían desgajar como libro aparte titulado *Las carencias democráticas y los peligros totalitarios del exclusivismo soberanista*. Se unen ambas temáticas, lo que obliga al lector a moverse frecuencia entre zigzags analíticos, comprensibles por el contexto personal de Alberto Reig, que ha sufrido en su actividad universitaria los ataques de minorías totalitarias del soberanismo catalanista, una persecución ideológica y política que no se debe silenciar. Los datos de esta situación del autor, aunque figuran al final del libro, constituyen el motivo de que haya una introducción de 49 páginas que el mismo autor reconoce como “un excesivo introito

tan personal, pero...tan necesario como ineludible”. En efecto, la motivación queda explícita, es un libro a favor de los “resistentes a la marea independentista”, no contra los catalanes, aunque el autor se define a sí mismo como “antinacionalista ‘tout court’” (p. 38), y este combate se comprueba en el tono y estilo usados a lo largo de todo el libro.

Es un dato de honestidad personal encomiable y no muy frecuente. Ahora bien, esta honestidad personal y el contexto de choque sufrido por el autor probablemente serían más eficaces si el autor hubiera practicado con más intensidad el clásico “distanciamiento” que propugnaba un marxista como Bertol Brecht, que lo planteaba como el método más efectivo para explicar, en su caso por medios teatrales, las realidades y antagonismos ideológicos. En todo caso, con o sin “distanciamiento”, un autor de la solera de Alberto Reig permite en cada capítulo desentrañar respuestas multidisciplinares a un “desafío” que nos concierne a todos los ciudadanos en el presente. Sin duda, cada identidad alberga el orgullo o el lamento de lo que somos en el presente y que por esto mismo es lógico que las identidades y memorias colectivas mantengan unas relaciones conflictivas con la historia, incluso distorsionadas como es el caso de lo que ocurre con el pasado entre amplios sectores culturales de Cataluña. Tanto los historiadores como los politólogos, sociólogos, psicólogos, antropólogos...en suma, en todas las ciencias sociales, sabemos que no hay análisis o investigación en nuestros campos en los que no se constate la cosmovisión, esto es, la ideología subyacente de cada autor y de su momento social concreto. Por eso nos exigimos en nuestra actividad profesional despojarnos lo máximo posible de los condicionantes que nos encorsetan, a sabiendas de que es imposible borrar absolutamente esos corsés.

En cualquier caso, el libro de Alberto Reig aborda una tarea crítica y desmitificadora insoslayable en toda ciencia social. La parte historiográfica es la más novedosa y detallada, y en ella se centrará esta reseña crítica; la parte del profesor de ciencias políticas sobre el presente podría ser otro libro y motivo para otra reseña. Puesto que se hace la reseña para una revista de historia, parece adecuado centrarse en la faceta historiográfica del libro. En efecto, en los sucesivos capítulos del libro se aborda la desmitificación de los eslabones del pasado sobre los que se ha construido el argumentario para la independencia de Cataluña. La acumulación de información al respecto es extraordinaria y abre unas amplias ventanas para conocer la complejidad de los usos y abusos de la historia en una sociedad y cómo se han amasado esas memorias en plural en el caso concreto de la sociedad catalana. Al fin y al cabo, cada memoria colectiva es un diálogo constante con los muertos. En ese diálogo se generan distintos usos del pasado, incluyendo mitificaciones, distorsiones, silencios e incluso falseamientos más o menos

grotescos. Sabemos desde los clásicos estudios de Eric Hobsbawm sobre los nacionalismos y los inventos de las tradiciones que todo nacionalismo es un auténtico vivero de distorsiones del pasado.

En concreto, es contundente el análisis que Alberto Reig realiza del papel tan activo del grupo del “Institut Nova Història” catalana, propagador de mitos sobre una Cataluña eterna, con un palpable “antiespañolismo” que se ha incrustado en sectores sociales en los que se esquivan los silencios más molestos del pasado o se solapan abusivamente conceptos del presente sobre legalidad, legitimidad y democracia. Por eso quizás también es denso y exhaustivo el libro, porque destapa con minuciosidad las distintas manipulaciones históricas, sus distintos usos historiográficos y publicísticos, y desenmascara propuestas excluyentes o impositivas que chocan con los valores democráticos. También es cierto que se puede pensar que justo esa militancia antinacionalista puede cortocircuitar el diálogo necesario en toda sociedad libre y plural, al encapsularse en posiciones opuestas a esa “pluralidad fascinante en su rica variedad” con la que nuestro autor define precisamente a España.

En este sentido no sobra enfatizar que, además de explicar las distorsiones que desde otros medios se realizan sobre el pasado, es necesario aprehender los mecanismos por los que el hecho nacionalista ha sido capaz de ahorrar tantas mentes con los datos de ese pasado que los sectores soberanistas han sabido, sin duda, concebir y propagar entre amplias capas de la población. También los mecanismos por los que, en sentido contrario, existe aproximadamente una mitad de la población catalana que ha sido inmune a esas distorsiones del pasado. No existe una única historia de Cataluña, tampoco de España o de Francia o de Estados Unidos; la sociedad es plural y tiene distintas visiones de un pasado que amasa y conserva con muy diversas fórmulas. ¿Por qué unas se expanden con más rapidez o mayor influencia, y otras pierden fuerza? Esta quizás es la tarea de la ciencia política, como también de la historia. Ambas ciencias sociales son el campo de especialización del profesor Alberto Reig y en este caso, tal y como confiesa en otro momento, si la unanimidad y el fanatismo es propio de las dictaduras, entonces es lógico el pluralismo que existe en la sociedad catalana.

Ese pluralismo, si se analiza desde la explicación de las causas, circunstancias, intereses y expectativas de cada sector social, puede enriquecer el necesario conocimiento de las disparidades o antagonismos que se producen hoy en Cataluña con respecto a su pasado. No sobra recordar a este respecto que la historia se fraguó como ciencia social en el siglo de las revoluciones nacionales desarrolladas en Occidente a lomos del liberalismo político y económico. Se reinterpretó el pasado desde unos raíles nacionales y se convirtió la historia en

una asignatura estatal. Se confeccionaron manuales para la enseñanza de la historia con una finalidad patriótica, la de formar ciudadanos identificados con una determinada nación, fuese la alemana, la española o la norteamericana. Desde entonces todos los Estados, y las colectividades aspirantes a tener Estado propio, han encorsetado el pasado en unos raíles que siguen marcando los contenidos y las metas de las actuales asignaturas de enseñanza de la historia en los distintos niveles educativos. Y esto pasa desde Australia, nación tan fabricada como las que presumen de estar forjadas en lejanos siglos, hasta esa China con varios milenios a cuestas.

No conviene olvidar esa marca de origen del saber histórico. Desde el siglo XIX, cuando se fijaron los estereotipos de singularidad de cada identidad nacional, las distintas historiografías han llevado el sello de un nacionalismo más o menos explícito. Los nacionalismos entraron en la contienda cultural y política, y así hasta el presente, porque en la actual España, definida constitucionalmente como “Estado de las Autonomías”, la enseñanza de la historia, o la publicación de historias divulgativas, constituyen campos de lucha política por la memoria colectiva y, en consecuencia, por la cohesión en torno a un determinado proyecto de futuro. Tampoco sobra recordar que, si en el mismo núcleo semántico del concepto de nación se establece como valor supremo la idea de un vínculo profundo -relativo al nacimiento o nación- que invade la esfera íntima y desemboca en ritual religioso, en tal caso es precisamente la historia el saber que suministra el necesario relato sagrado de la fundación intemporal de una colectividad nacional. Dicho relato transforma los hechos contingentes en datos inmanentes de una naturaleza que se despliega a través de los siglos. Y ahí se encuentra la clave del nacionalismo historiográfico con sus desatinos incluidos.

Este modelo de relato, que se repite por nacionalidades, regiones y localidades, conlleva el riesgo de la deformación del pasado y también el peligro de una alteración falsaria o tramposa de los hechos, como es el caso de la actividad desarrollada por el Institut Nova Història. Es cierto que ningún nacionalismo está libre de estas excrescencias. Quizás se genera cuando se establece un vínculo mítico entre territorio y pueblo de modo que se habla de raíces, como si las personas fueran plantas que, desde la prehistoria hasta el presente, marcan el desarrollo de una colectividad que, a pesar de ser cambiante, como señalaba Vicens, sin embargo, se les asignan invariantes antropológicas sobre las que se piensan proyectos de futuros, siempre en contraposición con “otros”, con los ajenos a tal proyecto.

En conclusión, de la lectura del libro surgen nuevos interrogantes como el reto de desentrañar por qué determinados grupos sociales, más o menos minoritarios, bien organizados, han sido capaz de llevar a toda la sociedad catalana, también a la española, a decidir entre

dilemas patrióticos que parecían superados desde que se aprobó la Constitución de 1978 y se organizaron los gobiernos autonómicos. Es un camino de investigación para precisar los anclajes sociológicos de la eclosión de un ideario independentista con tan importante calado político y con la capacidad de haber alterado la agenda política no solo la catalana sino también la española en su conjunto.

Por lo demás, la obra de Alberto Reig es un buen soporte para promover la tesis de que el conocimiento histórico solo puede ser radicalmente transformador si, en primer lugar, permite adquirir conciencia de que los procesos de cambio –y no las inmanencias- son los que dominan el devenir de las sociedades humanas; y, en segundo lugar, si, al confrontar experiencias del pasado con el presente, podemos extraer elementos críticos capaces de inspirar convivencias de mayor libertad y mejores niveles de justicia y solidaridad. Eso sí, a sabiendas de que, por más datos que usemos del pasado, ningún hecho histórico ni programa ni líder de otras épocas nos pueden enseñar el camino de nuestro futuro, exclusivamente depositado en el amasijo de capacidades, intereses, ideas y esperanzas de un presente en continuo cambio.